



VI Congreso Interoceánico de Estudios Latinoamericanos

Simposio 1. Revisiones críticas de la modernidad

La dimensión cultural de la modernidad latinoamericana

Dante Ramaglia¹

Resumen. En el trabajo se repasan algunas teorías que se han elaborado para comprender la significación y alcances históricos relativos a la modernidad. En particular, se retoman perspectivas que han enfatizado el aspecto cultural, desde posiciones que intentan mostrar el carácter plural de la civilización moderna, frente a sus tendencias hegemónicas y totalizantes que se vislumbran hoy con el fenómeno de la globalización. El significado que reviste lo cultural se pone ya de relieve en la consideración del debate sobre la modernidad y la posmodernidad, asociada al giro que experimentan las ciencias humanas y sociales. Otra expresión teórica destacada se constata en el enfoque que promueve la noción de modernidades múltiples, que resulta significativa para comprender su desarrollo en América Latina. En este sentido, se analiza la propuesta de Bolívar Echeverría acerca de la modalidad barroca de nuestra cultura. Igualmente se ponderan las reflexiones de Enrique Dussel que cuestionan el paradigma eurocéntrico y afirman un horizonte pluriverso que se cifra bajo el concepto de “transmodernidad”. Desde esta perspectiva, se retoman los aportes del pensamiento crítico acerca de esta problemática que enfrenta el mundo contemporáneo.

Palabras clave. Modernidad; Cultura; Pluralidad; Pensamiento crítico; América Latina.

¹ Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo – INCIHUSA, CONICET. Correo electrónico: <ramaglia@mendoza-conicet.gob.ar>

La discusión en torno al significado que reviste la modernidad, entendida esta como período histórico-cultural y a la vez como proyecto hegemónico que se extiende a nivel planetario, constituye un hito relevante a partir del cual se ha diferenciado el pensamiento contemporáneo. La consideración de las consecuencias que trae aparejado el cambio sobrevenido con la modernidad reconoce antecedentes en distintas expresiones intelectuales, que han proliferado especialmente en las últimas décadas bajo la idea de un balance crítico de ese proceso. En parte esto se vio reflejado en las diferentes interpretaciones sobre el hecho que aludía a si era una etapa y un proyecto que había llegado a su agotamiento o si se trataba en la actualidad de una profundización de tendencias que derivaban de su misma dinámica, tal como se presentaron distintas argumentaciones contrapuestas en el debate sobre la modernidad y la posmodernidad, en cuanto esta última se percibía como síntoma de una superación histórica y cultural que se estaba realizando en la actualidad.

Una evaluación significativa en el marco de ese debate fue propuesta tempranamente por Fredric Jameson, quien en un ensayo publicado en 1984 caracterizó al posmodernismo como expresión de la “lógica cultural del capitalismo tardío” (Jameson, 1991). En esta línea de interpretación la posmodernidad se presenta como una expresión novedosa pero que se desprende de la modernidad capitalista, lo cual no implica una ruptura decidida con ella sino que únicamente viene a mostrar una readecuación y reafirmación de muchos de sus rasgos dominantes. Asimismo, sus análisis centrados en los cambios que suceden en el ámbito de la cultura ponen de manifiesto la centralidad de este enfoque para comprender a la modernidad y la posmodernidad, coincidente con el giro cultural que experimentan distintas perspectivas teóricas surgidas del campo de las ciencias sociales y humanas.

Más allá de las distintas polémicas que se dieron como respuesta a las proposiciones del posmodernismo, que resultaría mayormente impugnado desde posturas que declararon su inadecuación a la realidad que derivaba del contexto latinoamericano, puede agregarse la insuficiencia de la crítica que promovía respecto al proyecto moderno y, de una manera más patente, al mismo estado de cosas que se estaba gestando en ese supuesto nuevo tiempo posmoderno. Como ejemplo notable, es posible advertir que la idea de “fragmentación” con que se describía el modo en que se desarticulaban las relaciones sociales y políticas, quedaba puesto en

cuestión con la forma emergente de totalización que estaba en curso con el proceso desencadenado con la globalización. De hecho este último fenómeno desplazaría el eje de las discusiones y los enfoques que intentan dar cuenta de la tendencia dominante que afecta la conformación de nuestra época, tanto respecto a su manifiesta imposición desde el orden global que se sigue en lo económico, como con relación a los cambios culturales y tecnológicos a los que está asociado.

Sin duda podría advertirse que existen fuertes nexos entre la trayectoria seguida con la modernidad y el proceso que desemboca en la actual globalización. Una mayor interrelación entre regiones geográficas, poblaciones y culturas se produce precisamente a partir del comienzo de la etapa moderna, cuando las naciones europeas se abren paso hacia el Atlántico y llegan a América, en lo que se ha caracterizado como un acontecimiento relacionado con la “mundialización”. Igualmente ambos hechos históricos, el de la modernidad y el de la globalización, han sido acompañados de una construcción hegemónica que se encuentra asociada a la gravitación que adquieren ciertas configuraciones geopolíticas: Europa junto con la invención vinculada a Occidente, en el primer caso, y este mismo constructo con su extensión a una serie de países centrales y otros que resultan marginales, en el segundo caso. Desde la perspectiva del pensamiento crítico se han cuestionado las ideologías que se presentan como excluyentes en la dirección de estas formaciones históricas, ya sea la connotación eurocéntrica para referirse a la expansión de la modernidad, o la afirmación de un “pensamiento único” que niega cualquier manifestación alternativa en el nuevo mundo global orientado por el neoliberalismo.

En este sentido, se trata de contraponer una perspectiva que considere la complejidad de esta situación de mayor interconexión mundial, que supone el entrelazamiento de diferentes civilizaciones con un grado creciente de relaciones interétnicas e interculturales, sin desconocer los efectos negativos que son evidentes. En el origen y avance de la modernidad, mediante lo cual Europa va a alcanzar un papel relevante a nivel mundial, se muestran también las consecuencias devastadoras acaecidas sobre la vida de otros pueblos y culturas. En el caso particular de América Latina se ha indicado su relación inmediata con el inicio de este proceso histórico, en que las poblaciones nativas y las traídas de África como mano de obra esclava sufrieron las peores atrocidades e injusticias todavía no saldadas. Las secuelas de la

colonización, dependencia y formas de dominación, que se impusieron desde ese momento y van mutando en el tiempo, constituyen factores estructurales que inciden y se continúan reproduciendo en el curso de la globalización que corresponde a la fase actual atravesada por el sistema capitalista, siendo este último un aspecto constitutivo que sobredetermina la trayectoria que confluye en nuestro presente.

De este modo, ha sido referida la situación vigente en la actualidad como una radicalización de la modernidad, debido a que varias de las tendencias que la orientaron siguen actuando en nuestro tiempo. En esta línea de análisis se habla igualmente de una *modernidad global*, que implica comprender, entre otras cosas, como se desplaza la anterior significación asociada a la noción de tiempo hacia la atención concedida al espacio. Asimismo, como señala Oliver Kozlarek (2015, 24 ss), las teorías de la globalización han puesto de relieve una experiencia que se relaciona con el “desarraigo” que afecta a las culturas regionales, ya que al mismo tiempo que borra las diferencias significativas en lo cultural al inscribirlas en un espacio indiferenciado, lleva a crear nuevas fronteras culturales, sociales y políticas. En consecuencia, la realidad global tiende a ser una realidad unificada y homogénea, a la vez que se presenta como fragmentada y heterógena.

Una perspectiva que asume el carácter complejo que marca este desarrollo histórico, distanciándose de una interpretación unívoca asociada a su manifestación hegemónica, está representada por la tesis acerca de la existencia de *modernidades múltiples*. En su formulación original, que luego va a recibir un uso extenso, fue acuñada esta caracterización por Shmuel Eisenstadt (2000), quien procede de un sector intelectual que promueve las teorías de la modernización, pero encuentra fuertes límites en la visión teleológica que predomina en las mismas. Esto se cuestiona en cuanto la modernización se propone como meta del cambio social que se orienta hacia el modelo de las sociedades industrializadas de mediados del siglo XX, pero en la práctica lleva a rotundos fracasos en los planes implementados especialmente en los países periféricos. En un sentido alternativo, la idea de una multiplicidad de la modernidad podía explicarse a partir de entender que los cambios se producen a partir de programas culturales distintos en cada caso. Esa condición diferencial es imprescindible para atender a las derivaciones que sigue la irradiación del mundo moderno según pautas culturales arraigadas en las distintas nacionalidades, que

llevan a la vez a cuestionar la creencia de que existe una sola modernidad, asociada exclusivamente al paradigma de las sociedades más desarrolladas, que aún entre ellas se constata que existen rasgos que las distinguen, como es el caso observado de las naciones europeas, Estados Unidos o Japón.

La tesis de una convergencia de las distintas formaciones sociales, a partir de adecuar sus aspectos estructurales, institucionales y culturales, en un único proyecto civilizatorio posible es lo que resulta revisado, tal como lo señala Eisenstadt: “La modernidad, en efecto, se ha difundido a la mayor parte del mundo, principalmente en sus versiones colonial e imperialista, pero no dio lugar a un patrón institucional único, a una civilización moderna única, sino al desarrollo de diversas civilizaciones modernas en constante transformación o, cuando menos, a patrones civilizatorios” (Eisenstadt, 2013, 156).

En este punto destaca, además, las características singulares de la modernidad en relación a América Latina, entendida como unidad de tipo supranacional, con sus particularidades internas pero con elementos comunes, tomando en consideración especialmente algunos rasgos de su cultura política. Un tema destacado lo representa la existencia de una tensión constante a partir de los intentos de institucionalizar el programa político y cultural de la modernidad frente a los desafíos de incorporar las demandas de distintos sectores sociales que irrumpen de modo conflictivo, lo cual conduce a una redefinición de las identidades colectivas y de la economía política.

Una versión más matizada de los procesos que se vinculan a la modernidad, incluso sosteniendo su ineludible dimensión mundial, ya que su influencia se ejerce en todas las sociedades contemporáneas, se desprende de la idea relativa a las modernidades múltiples. La relevancia de un enfoque que tome en cuenta la decisiva significación de una teoría cultural de la modernidad frente a una interpretación “acultural”, que de modo frecuente parte del desarrollo de la racionalidad en sus distintas formas como remplazo de creencias y referencias tradicionales, ha sido defendida por Charles Taylor. De este modo se trata de sustentar una concepción que remarca la pluralidad al recurrir a la noción de múltiples modernidades, que considera “[...] debe ser capaz de relacionar el empuje de la uniformidad y las fuerzas que provocan las diferencias” (Taylor, 2007, 12). En este sentido, entiende que las culturas no occidentales acuden a recursos de su propia tradición para desarrollar prácticas e

instituciones que enfrentan a la oleada arrasadora que representa la civilización moderna. Asimismo, lo decisivo para este autor no se sitúa en la declinación que se produce de ciertas creencias, sino que las distinciones corresponden a lo que llama “entendimiento de fondo” y al imaginario social, debido a lo cual una comprensión acultural recae en el error de un “etnocentrismo del presente” respecto a la evaluación de las sociedades con una cultura tradicional y muestra, además, una “incapacidad para percibir las diferencias en nuestro mundo contemporáneo (Taylor, 2007, 21).

Otra perspectiva teórica que pone el acento en el aspecto cultural, especialmente haciendo referencia a la significación que reviste la modernidad en el caso específico de América Latina, es la que ha desarrollado Bolívar Echeverría. En particular, su posición crítica se plantea ante la expansión de la modernidad capitalista y teniendo en cuenta las formas de resistencia que se han presentado a partir de una revisión de nuestra historia. Cuando este autor afirma que la modernidad es múltiple, asigna este hecho a las distintas estrategias que se presentan frente al desarrollo de la modernidad según su caracterización mediante diferentes formas de vida, o *ethe*, según lo designa siguiendo categorías estéticas. De este modo, reconoce cuatro formas diferentes: el *ethos* realista, el *ethos* clásico, el *ethos* romántico y el *ethos* barroco. Cada uno muestra distintos modos de enfrentar los desafíos que sobrevienen en el mundo moderno, siendo el *ethos* realista el que se adapta más claramente a las reglas y principios de la modernidad capitalista y el *ethos* barroco el que despliega una estrategia de supervivencia y resistencia. Esta última forma, el *ethos* barroco, es la que caracteriza a las sociedades latinoamericanas, ya desde la colonia por parte de las culturas indígenas hasta llegar a las expresiones sociales contemporáneas.

Para mostrar la contradicción fundamental que trae aparejada la civilización moderna retoma ideas de Marx, en el sentido que la misma entiende que se da: “[...] entre el modo concreto, natural o no mercantil de reproducción de la vida social, por un lado, y el modo abstracto, artificial o mercantil-capitalista, por el otro. Esta es la contradicción que aparece en el mundo objetivo bajo la forma de la contradicción entre el ‘valor de uso’ de las cosas, por una parte, y su ‘valor de cambio’, por otra” (Echeverría, 2011, 180). Según Echeverría el desarrollo de la modernidad provoca que los sujetos deban vivir en un mundo regido por dos dinámicas que responden a principios diferentes: una obedece a la reproducción de lo concreto, a una dinámica

cualitativa y “natural” de producción y consumo de valores de uso; y otra se orienta a la reproducción de lo abstracto, una dimensión cuantitativa del mundo según la dinámica de producción y consumo de valores puramente económicos dentro del sistema capitalista. A esto agrega que la dimensión cualitativa de la vida termina siendo sacrificada a la dimensión cuantitativa; o en otros términos, que la dinámica concreta y “natural” de la vida social queda subordinada a la abstracta según una lógica mercantil.

La cuestión central, entonces, radica en el modo en que se enfrenta esta contradicción a través de distintas estrategias presentes en la vida cotidiana. El *ethos* barroco la ha sobrellevado con manifestaciones de resistencia que varían en el tiempo. En el origen del barroco, situado en el siglo XVII, reconoce una formación básica que se origina en las poblaciones indígenas de los centros urbanos de México y Perú, cuya estrategia de supervivencia consistió en el *mestizaje cultural*, que dio lugar al surgimiento de una modalidad americana de la civilización occidental. Otra forma que identifica como subyacente a la cultura latinoamericana está representada por la tendencia a crear una consistencia imaginaria, de tipo cualitativo, frente a una realidad que se vuelve invivible al ser colonizada por el avance del capitalismo.

El cuestionamiento de la visión eurocéntrica que acompaña a diversas referencias acerca del debate sobre la constitución de la modernidad occidental es particularmente desarrollado por Enrique Dussel, en una extensa elaboración conceptual que ha sido retomada por líneas teóricas actuales, como el giro decolonial. En el esquema de interpretación ofrecido por Dussel la modernidad no es solo un fenómeno intraeuropeo sino que tiene su origen con la llegada de los españoles al continente americano; un acontecimiento que está vinculado en principio con el proceso de acumulación originaria y la formación de un sistema colonial que se desplegará en los siglos siguientes. Con la apertura realizada hacia el Atlántico el resultado es que Europa deja de estar aislada y de ser periférica como lo era hasta ese momento, lo cual es forzado en parte por el cerco que había sido establecido por el mundo islámico y la mayor importancia que posee en lo productivo y comercial China y la región indostánica hasta finales del siglo XVIII. El señalamiento de la existencia de una modernidad temprana originada con la colonización llevada adelante en América a partir de 1492 indica también el hecho de la paulatina

constitución del dominio europeo como centro de ese sistema-mundo, que se continúa afianzando en otros momentos del despliegue del progreso moderno para alcanzar su apogeo con la Ilustración, la Revolución industrial y el desarrollo del capitalismo².

Mediante una tesis central respecto a la mutua implicación de esta serie de procesos históricos, afirma precisamente: “[...] modernidad, colonialismo, sistema-mundo y capitalismo son aspectos de una misma realidad simultánea y mutuamente constituyente” (Dussel, 2006, 40). Esta conjunción es la que se intenta mostrar a partir de constataciones históricas que desmontan el mismo relato eurocéntrico acerca de la modernidad, mediante el cual se desconocen los alcances efectivos de la relación de subordinación respecto de otras culturas que van a ser negadas y menospreciadas a partir de la constitución de un sistema económico y político bajo el poder colonial que detentan distintos países europeos. Ese relato, que desconoce e inferioriza al otro diferente, a la vez contiene una representación ilusoria de la cultura occidental como equivalente a lo universal, en que inadvertidamente los propios valores se colocan como pautas que justifican el dominio ejercido.

En consecuencia, se trata de mostrar una dirección alternativa que busca contrapesar las representaciones derivadas del etnocentrismo europeo que se instaaura como parámetro valorativo durante los siglos que corresponden al mundo colonial. Pero las culturas que han sido despreciadas e ignoradas en la conformación de ese sistema-mundo, aclara que son “[...] culturas universales y milenarias, como la China y otras del extremo oriente (como la japonesa, coreana, vietnamita, etcétera), la indostánica, la islámica, la bizantino-rusa, y aún la bantú o la latinoamericana (de diferente composición e integración estructural)” (Dussel, 2006, 47). En ellas se cifra un núcleo de resistencia que las ha hecho subsistir, a pesar de la acción interna de las élites modernizadoras y occidentalizadas, y en esa diferencia entiende que se constituyen como la “exterioridad” a la misma modernidad europea, desde donde puede ser recreada una respuesta superadora a las aporías en que ha desembocado el mundo actual. La posibilidad de alcanzar otro estadio histórico, diferente al que dio

² En relación a este aspecto, la hipótesis inicial de la configuración de Europa como centro a partir de 1492 resulta reconsiderada por Dussel cuando afirma que eso se logra después del avance histórico de la modernidad comenzada en esa fecha, ya que se ejerce con mayor propiedad recién a partir del dominio mundial alcanzado con la Revolución industrial y la consolidación del sistema capitalista, que posee su contraparte en lo cultural con la Ilustración, por lo que dice: “La hegemonía central e ilustrada de Europa no tiene sino dos siglos (1789-1989) ¡Sólo dos siglos!” (Dussel, 2006, 47).

origen a la civilización moderna, se visualiza en esta capacidad de interacción de las distintas culturas a nivel mundial y, en especial, por las contribuciones que puedan hacer para enfrentar algunos desafíos del presente. A esta superación que daría inicio a otra edad histórica la ha caracterizado Dussel con la noción de “transmodernidad”: “*Trans*-modernidad indica todos los aspectos que se sitúan ‘más allá’ (y también ‘anterior’) de las estructuras valoradas por la cultura moderna europeo-norteamericana, y que están vigentes en el presente en las grandes culturas universales no-europeas” (Dussel, 2006, 49).

Asimismo, frente a la preocupación actual por la comunicación entre diferentes culturas -un hecho derivado de la misma globalización-, plantea Dussel una opción diferente a la que supone el multiculturalismo liberal, que desconoce las asimetrías existentes al momento de plantear esas relaciones tendientes a la obtención de un consenso. El horizonte que se proyecta más allá de los problemas generados con el desarrollo de la modernidad capitalista hegemónica, que hoy resultan hechos urgentes de resolución, requiere de la concreción de un diálogo para retomar los aportes de cada una de esas culturas vigentes. Desde esta perspectiva, este proceso de cambio es promovido a partir de la alteridad representada por las culturas de esos pueblos en esta etapa poscolonial, que entiende que su interacción no deberá reflejar una unidad indiferenciada y vacía sino un mundo pluriverso, conformado por distintas universalidades que participan de un diálogo crítico intercultural.

Para concluir, es posible destacar, a partir del recorrido que se ha realizado por algunas concepciones actuales acerca de la modernidad, el hecho de que su consideración desde el punto de vista cultural resulta significativa para mostrar otros alcances respecto de su tematización más frecuente. Una primera constatación se refiere a la pluralidad con que debe ser comprendido el despliegue histórico que ha seguido el proceso civilizatorio moderno, de acuerdo precisamente a distintas formaciones que han derivado de las pautas culturales de cada región o nacionalidad. Más allá de la marcada orientación que ha obtenido del impulso e impronta ideológica que le han dado las fuerzas hegemónicas en juego, en particular a partir de la modernización que se presenta como meta y tendencia que debería implementarse en todas las sociedades según un determinado modelo de desarrollo, su realización concreta encuentra resistencias, contradicciones y modalidades propias que

dependen del plano cultural en un sentido amplio, incluyendo su correlación con lo político. Esta situación se remarca en el caso de América Latina, que está asociada estrechamente al comienzo y la trayectoria histórica atravesada por la civilización moderna en su expansión mundial, ante lo cual se han sostenido, además de formas de asimilación y mezcla en lo cultural, reiteradas respuestas alternativas ante las expresiones dominantes y homogeneizadoras. En este punto, tanto la anterior resistencia a las imposiciones que derivaban del dominio colonial, como las manifestaciones más contemporáneas de cuestionamiento del orden geopolítico que surge de la globalización neoliberal, encuentran un posicionamiento crítico en diferentes expresiones de nuestro pensamiento.

Bibliografía

- Dussel, Enrique (2000). Europa, modernidad y eurocentrismo. En: Lander, Edgardo (ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, 41-53.
- Dussel, Enrique (2006). *Filosofía de la cultura y la liberación*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Dussel, E. (2015). *Filosofías del Sur. Descolonización y Transmodernidad*. México: Akal.
- Echeverría, Bolívar (2011). La modernidad múltiple. En: Echeverría, Bolívar. *Crítica de la modernidad capitalista*, La Paz, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 177-187.
- Eisenstadt, Shmuel N. (2000). Multiple Modernities. *Daedalus*, nº 129, 1-29.
- Eisenstadt, Shmuel N. (2013). América Latina y el problema de las múltiples modernidades. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*. Nueva Época. Universidad Nacional Autónoma de México. Año LVIII, nº 218, 153-164.
- Jameson, Fredric (1991). *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Barcelona / Buenos Aires: Paidós.
- Taylor, Charles. (2008). Dos teorías sobre la modernidad. [Two Theories of Modernity]. *Relaciones Internacionales*, nº 7, 1-26 Disponible en: <https://revistas.uam.es/index.php/relacionesinternacionales/article/view/4930>